

En torno a "La hoja roja"LA NOVELISTICA DE MIGUEL DELIBES

Hay dos etapas que Miguel Delibes ha recorrido, con pausa y con tacto, en sus años de novelista. La primera se inicia, naturalmente, con "La sombra del ciprés es alargada", Premio Nadal 1947, y concluye con la aparición de "El camino". Hasta este libro excepcional, son los balbuceos, las indecisiones, no de un principiante, del escritor que pretende descubrirse así mismo. Porque el novelista estaba ya en germen antes de escribir la primera novela. Delibes lo sabía o no lo sabía, lo intuía quizá, y un día se puso a escribir y advirtió que experimentaba un placer en hacerlo, y debió preguntarse: ¿por qué no continuar...?. Y escribió "La sombra del ciprés..", dividida en dos partes que son definitivas y definidoras de lo que el futuro novelista ha de hacer y de lo que no hará nunca. En la primera parte de esta novela ya apunta, con todos sus rigores, el mundo de Delibes, es decir, la problemática en que su pensamiento ha de moverse, incluso a su pesar. La segunda parte es otra cosa: responde a una tesis demasiado elaborada donde el novelista pierde el timón que conducía su segura nave para dejarse voltear por las olas del convencionalismo. "Aún es de día", segunda novela de Delibes, ya apunta a una meta segura, más libre del influjo que en la anterior pudo ejercer cualquier circunstancia ajena a la sensibilidad del autor. En "Aún es de día", Delibes ha entrado ya en la mayor edad sin alcanzar la madurez. Es decir, ha entrado en su mundo, se ha encontrado así mismo.

Quisiera aclarar brevemente, con la brevedad que permite un artículo periodístico, que el mundo del escritor, del novelista, del poeta, puede ser la misma circunstancia en que el autor vive o se mueve, o presentarse equidistante a su experiencia particular. A este respecto, bueno será advertir que no creo que Delibes, novelista, se identifique siempre con Delibes hombre. Pero casi siempre se complementan. Por ejemplo, en aquello que a mí, particularmente, me gusta menos de sus novelas: la tendencia a un realismo minucioso que se recrea en la puerilidad de las palabras por "fidelidad" a una doctrina que el autor considera insobornable desde el punto de vista estético en que está inmersa su novelística.

Hecha esta salvedad, de pura forma, ya todo es diáfano en la obra del escritor, desde la técnica, sencilla y poderosa, hasta el sentimiento que mueve, soterrado, todos los hilos de la trama. Porque Delibes -lo sé sin que él me lo haya dicho- sería incapaz de escribir diez páginas de una novela sin antes haberse sentido apremiado a hacerlo "por la tensión de un

LA NOVELÍSTICA DE MIGUEL DELIBES

Hay dos etapas que Miguel Delibes ha recorrido, con penas y con fatiga, en sus años de novelista. La primera es inicial, naturalmente, con "La sombra del ciprés" es elargada", Premio Nadal 1947, y concluye con la aparición de "El camino". Hasta este libro excepcional, con los delucos, las indagaciones, no de un principiante, del escritor que pretende describirse así mismo. Porque el novelista estaba ya en germen antes de escribir la primera novela. Delibes lo sabe o no lo sabe, lo intuye quizá, y un día se puso a escribir y advirtió que experimentaba un placer en hacerlo, y debió preguntarse: ¿por qué no continuar...? Y escribió "La sombra del ciprés...", di-vidido en dos partes que son definitivas y definitivas de lo que el futuro novelista ha de hacer y de lo que no hará nunca. En la primera parte de esta novela y apunta, con todos sus rigores, el mundo de Delibes, es decir, la problemática en que su pensamiento ha de moverse, incluso a su pensar. La segunda parte es otra cosa: responde a una tesis demasiado elaborada donde el novelista pierde el tiempo que conduce su segura nave para dejarse volver por las olas del convencionalismo. "Adán es de día", segunda novela de Delibes, ya apunta a una meta segura, más libre del linaje que en la anterior pudo ejercer cualquier circunstancia ajena a la sensibilidad del autor. En "Adán es de día", Delibes ha entrado ya en la mejor edad sin alcanzar la madurez. Es decir, ha entrado en su mundo, se ha encontrado así mismo.

Quisiera señalar brevemente, con la brevedad que permite un artículo periodístico, que el mundo del escritor, del novelista, del poeta, puede ser la misma circunstancia en que el autor vive o se mueve, o presentarse equidistante a su experiencia particular. A este respecto, bueno será advertir que no creo que Delibes, novelista, se identifique siempre con Delibes novelista. Pero casi siempre se complementan. Por ejemplo, en aquello que a mí, particularmente, me gusta menos de sus novelas: la tendencia a un realismo mítico que se recree en la puerilidad de las palabras por "fidelidad" a una doctrina que el autor considera inabordable desde el punto de vista estético en que está inmersa su novelística.

Hecho esta salvedad, de pura forma, ya todo es diálogo en la obra del escritor, desde la técnica, sencilla y poderosa, hasta el sentimiento que mueve, sostenido, todos los hilos de la trama. Porque Delibes -lo sé aún que él me lo haya dicho- se le inculca de escribir diez páginas de una sola vez sin antes haberse sentido apremiado a hacerlo "por la tensión de un

estado de ánimo". Y esto, unido al talento y a las dotes de observación que le han sido concedidos por la diosa fortuna, nos explica cómo en unos pocos años ha cimentado una personalidad insólita en la novelística de nuestros días. Delibes -que no se repite nunca en sus novelas- es siempre el mismo en sus escritos. Su mundo se enriquece con cada producción que sale de su pluma, sin necesidad de postular otros ambientes o circunstancias que aquellos que le son peculiares. De aquí que ciertos críticos pretendan encasillar al autor de "Siesta con viento sur", con viejas y estereotipadas fórmulas.

Se acusa generalmente a las novelas de Delibes de localistas o regionalistas. ¡Como si lo local, regional o cosmopolita, en literatura como en tantas otras cosas, no fuera un valor entendido!. Los personajes de las novelas de Delibes son localistas o regionales a la manera que lo son Sancho y Maritornes, e incluso Pedro Crespo; es decir, que pueden serlo considerados individualmente, mas su dimensión universal no disminuye por cuanto, como tipos de la Naturaleza, cobran categoría humana a pesar del medio ambiente en que se mueven. ¿Pues qué el placer y el dolor, el amor y el odio, la vida y la muerte, con toda su gama de colores y matices, de contrastes, cabe inscribirlos en cualquier parcela geográfica?. ¿No es la vida misterio inaprehensible que nos sorprende aquí y allá, en la urbe populosa, como en la más humilde aldea, allí donde un hombre y una mujer, un ser humano y otro ser humano, se miran o se enfrentan?.

.....

MD

Me propuse escribir unas notas para un posible ensayo sobre la novelística de Miguel Delibes, y ahora advierto que me resta muy poco espacio para tan ardua tarea. Intentaré resumir mis impresiones concretándome a "Mi idolatrado hijo Sisi", los "Diarios" y la última magistral novela del escritor vallisoletano: "La hoja roja".

Sigo creyendo que "Sisi" es la obra más importante de este autor, aunque en los "Diarios" acuse una mayor facilidad y en "La hoja roja" se nos muestre como maestro consumado. "Sisi" es una novela trascendental, una tragedia moderna, donde el autor ha volcado toda su capacidad de observación, de análisis y síntesis y, por añadidura, con una tesis enraizada en las más puras esencias cristianas. Los "Diarios" nos dan la medida de la ductilidad del autor para captar cualquier ambiente y alcanzar, con sorprendente simplicidad de recursos, las cimas más altas del arte narrativo. "La hoja roja" señala un crescendo en la producción del novelista. En ella, Delibes, reúne y compendia las virtudes de su novelística, sólo que en este libro extraordinario todo ha sido depurado, desde el estilo, conciso y nítido, hasta el planteamiento y la "solución" del problema, que está inmerso en la

MIGUEL DELIBES
FUNDACIÓN

estado de ánimo". Y esto, unido al talento y a las dotes de observación que
 le han sido concedidos por la diosa fortuna, nos explica cómo en unas pocas
 años ha alcanzado una personalidad inusitada en la novela de nuestra
 época. Debes -que no se repite nunca en sus novelas- es siempre el mismo en
 sus escritos. Su mundo se erige con cada producción que sale de su pluma,
 sin necesidad de postular otros ambientes o circunstancias que aquellos que
 le son peculiares. De aquí que ciertos críticos pretendan encasillar al au-
 tor de "Siete con viento sur", con viejas y estereotipadas fórmulas.
 Se busca generalmente a las novelas de Delibes de localistas o regio-
 nalistas. Como si lo local, regional o comunitario, en literatura como en
 otras artes, no fuera un valor entendible. Los personajes de las no-
 velas de Delibes son localistas o regionales a la manera que lo son Sancho
 y Maritornes, e incluso Pedro Crespo; es decir, que pueden serlo conside-
 rados individualmente, mas en dimensión universal no difiere por cuanto, co-
 mo tipos de la naturaleza, cubren categorías humanas e poseen del mismo empen-
 te en que se mueven. Pues que el dolor, el amor y el odio, la
 vida y la muerte, con toda su gama de colores y matices, de contrastes, co-
 de inscribirlos en cualquier parcela geográfica? No es la vida material
 inabarcable que nos sorprende aquí y allá, en la urbe populosa, como en
 la más humilde aldea, allí donde un hombre y una mujer, un ser humano y otro
 ser humano, se miran o se enfrentan?

.....



Me propongo escribir unas notas para un posible ensayo sobre la novela-
 tica de Miguel Delibes, y ahora advierto que me falta muy poco espacio para
 tan ardua tarea. Intentaré resumir las impresiones concretadas en "Mi ho-
 jero rojo", los "Mareos" y la última magistral novela del escritor
 valencia: "La hoja roja".
 Si se cree que "Siete" es la obra más importante de este autor, aun-
 que en los "Mareos" se sea una mayor felicidad y en "La hoja roja" se nos
 muestra como nuestro conungo. "Siete" es una novela trascendental, una tri-
 buta moderna, donde el autor ha volcado toda su capacidad de observación,
 de análisis y síntesis, por añadidura, con una tesis enriquecida en las más
 puras esencias cristianas. Los "Mareos" nos dan la medida de la ductilidad
 del autor para captar cualquier ambiente y elevar, con sorprendente sim-
 plicidad de recursos, las cimas más altas del arte narrativo. "La hoja ro-
 ja" señala un crecimiento en la producción del novelista. En ella, Delibes,
 como y compendia las virtudes de su novelística, algo que en este libro
 ordinario todo ha sido depurado, desde el estilo, conciso y nítido,
 el planteamiento y la "solución" del problema, que está inmerso en la

acción, deliberadamente reiterativa, pero rica en contrastes de humor y melancólica ironía. Hay en "La hoja roja" tres personajes, don Eloy, la Desi y el Picaza, que pueden ser incorporados a la novelística universal como lo fueron otros de parecido porte, aunque de características distintas, del genial Dostoyevski, pese a su condición provinciana y humilde, que no excluye la "universalidad".

Don Eloy, sino como arquetipo del jubilado, nos vale de sobra como símbolo de humana pesadumbre y se nos impone a pesar de su escasa simpatía, de su casi estúpida idiosincrasia. La Desi es un prodigio de comprensión y de ternura que, bajo la costra de simplicidad, encierra tesoros de sentimientos e insospechadas reacciones humanas. Y, por fin, el Picaza, tipo elemental, sirve de contrapunto al "tempo lento" en que se desarrolla el drama que aprisiona al protagonista y que no es ajeno a la angustia que gravita sobre el hombre de nuestro tiempo.

Consignemos, por último, que "La hoja roja se lee" de un tirón", que nos divierte y nos deleita y si al final nos deja un poco tristes y nos obliga a pensar, eso tenemos que agradecer al autor que lo ha logrado con la ternura de la piedad y la caridad de la sonrisa.

FRANCISCO ALVARO

4 de Septiembre de 1959.

MD

3
sección, deliberadamente reiterativa, pero rica en contrastes de humor y me-
lancólicas ironías. Hay en "Las hojas rojas" tres personajes, don Elroy, la Best y
el Pícaro, que pueden ser incorporados a la novela universal como lo
fueron otros de parecido porte, aunque de características distintas, del
genial Dostoyevski, pese a su condición provinciana y humilde, que no ex-
cluye la "universalidad".
Don Elroy, sino como arquetipo del "jubilado", nos vale de sobre como
símbolo de humana pesadumbre y se nos impone a pesar de su escasa estatura,
de su casi estúpida idiosincrasia. La Best es un prodigio de comprensión y
de ternura que, bajo la costra de simplicidad, encierra tesoros de senti-
mientos e insospechadas reacciones humanas. Y, por fin, el Pícaro, tipo
elemental, vive de contrapunto al "tímido lento" en que se desarrolla el
drama que equilibra el protagonista y que no es ajeno a la angustia que
gravita sobre el hombre de nuestro tiempo.
Concluimos, por último, que "Las hojas rojas" es un libro que, que
nos divierte y nos deleita y al final nos deja un poco tristes y nos
obliga a pensar, eso tenemos que agradecer al autor que lo ha logrado con
la ternura de la piedad y la verdad de la sonrisa.

FRANCISCO ALVARO

